

## Costumbres cubanas del pasado



El Paseo del Prado en el último tercio del siglo XIX cuando era alumbrado eléctricamente con luz de arco. Este Paseo, en aquellos días, lo atravesaban las calles de Refugio, Colón y Animas, siendo esta última la calle que se ve en primer término en la presente fotografía.

# La Calle del Prado por Luis Bay Sevilla

*Dur Feb 27/19*

**P**ERSONAS amigas o simplemente han tenido la bondad de dirigirme lectores que ocultan sus nombres, algunas cartas, tendientes unas a estimularme para que continúe en esta labor

de reseñar nuestro pasado y para aclararnos, otras, algún error advertido en nuestras narraciones. Yo agradezco muy sinceramente estas misivas, y aunque no es mi propósito disculparme, hay que tener presente que, como gran parte de los asuntos que yo comento no los he vivido, tengo que atenerme a las informaciones que me suministran personas de más edad que yo que los conocen, bien porque fueron de ellos actores o testigos, o porque los supieron por boca de sus padres o de sus abuelos.

o o o

En nuestro trabajo anterior hacíamos referencia al grupo de jóvenes que en el año 1886 cursaba el tercer año de Medicina y concurría diariamente a la cátedra de Patología General que se explicaba en el «Hospital de San Felipe y Santiago», situado en los altos del viejo edificio de la Cárcel habanera, cuando ésta se encontraba situada en Prado esquina a San Lázaro. Entre esos estudiantes citábramos a Luis Cuní quien ya graduado, fué un excelente médico pediatra, que ejerció su noble profesión en la ciudad de Matanzas. Y, por triste coincidencia, el mismo día en que fué publicado nuestro trabajo, donde consignábramos su estado de extrema gravedad, el doctor Cuní recibía cristiana sepultura en el «Cementerio de San Carlos», de aquella ciudad que tanto le admiró y quiso.

IP  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Aquel grupo de jóvenes, ya graduados de médicos, constituyeron sus hogares y gozaron de la alegría de tener sucesión, logrando algunos de ellos la inmensa felicidad de verlos no sólo graduados de médicos, sino también convertidos en figuras destacadas de la profesión.

Entre ellos debemos citar al doctor Francisco Muller, que ha ejercido durante más de cincuenta años su especialidad de médico de niños en la barriada del Cerro, quien tiene, entre otros más, un hijo, el doctor Francisco Muller, graduado en el año 1927, que es como su padre, una magnífica figura médica. Es hijo también de este gran viejo, el ilustre Vicario Capitular de la Diócesis de La Habana, Monseñor Alfredo Muller, uno de los sacerdotes cubanos de más amplia cultura y talento, y uno también de los que disfrutaban del mayor respeto entre los fieles, principalmente en el Cerro, pues el Pbro. Muller es el párroco de la iglesia de aquella barriada, donde él nació y se hizo hombre.

Emilio Martínez, especializado en enfermedades de la garganta, nariz y oídos, de quien personalmente guardo un afectuoso recuerdo, pues en el año 1920 me practicó con éxito una operación en la nariz, cortando una deformación huesosa que me molestaba grandemente, tiene también un hijo médico, el doctor Emilio Martínez y Pérez Vento, graduado en 1919, que ocupa actualmente el cargo de profesor de la cátedra de Garganta, Nariz y Oídos de nuestra Universidad y es una de las figuras más valiosas, acaso la primera, por sus repetidos éxitos como cirujano en casos de difíciles de cáncer de la laringe.

José A. Valdés Anciano fué padre del doctor José R. Valdés Anciano, graduado en 1917, y profesor de Enfermedades Nerviosas y Mentales de la Universidad, cuya especialidad ejerce entre nosotros con notable éxito, pues ha devuelto a más de un hogar la felicidad con la cura de algunos enfermos.

El doctor Federico Grande Rossi dejó también un hijo médico, el doctor Federico Grande Rossi, clínico, que ejerce su profesión con positivo acierto.

El doctor Gabriel Casuso, profesor de Cirugía de la antigua Escuela de Medicina, dejó también un hijo médico, el doctor Gabriel Casuso y Díaz Albertini, actual profesor titular de Cirugía y Ginecología de la Escuela de Medicina, especialidad que ejerce con grandes aciertos.

Y el doctor Raimundo de Castro, profesor que fué de la cátedra de Patología Médica, legó en su hijo el doctor Raimundo de Castro y Bachiller, actual profesor titular de Medicina Legal y Toxicología de nuestra Universidad, todo su talento como clínico de primera clase.

o o o

Ahora, trataremos de reseñar cuanto se relacione con las casas de la calle del Prado, situadas en la acera de los números pares, durante el último tercio del siglo pasado y primeros años del actual.

Comenzando por la calle de Neptuno, diremos que en el mismo solar donde en 1903 se construyó el edificio de tres plantas, una de las cuales ocupa el restaurant Miami, existió un comercio de vi-veres, que se conocía en aquellos lejanos días por la «Bodega de Alonso», resultando un lugar muy concurrido, pues aquella casa era el punto de reunión de la bohemia artística, literaria y periodística de la época, principalmente en horas de la noche, después de la salida de los teatros. Allí diariamente acudían don Arturo Mora, «El Chato», amigo íntimo de don Antonio San Miguel, director de «La Lucha» y hermano de Gastón, que fué famoso editorialista del diario «El Mundo»; Enrique Hernández Miyares, director de «La Habana Elegante»; don Antonio Escobar, que fundó y dirigió «El Popular», contando entre sus colaboradores a don Antonio Ramos Merlo, Poo y otros más; don Federico Villoch, que comenzaba entonces su carrera periodística como colaborador de «El Figaro», fundado por Manuel Serafin Pichardo y Ramón A. Catalá, publicación ésta a la que hay que acudir, cuando se desea conocer el movimiento cultural cubano de fines del siglo pasado y primera década del actual; Alfredo Martín Morales era otro de los concurrentes, y algunos valiosos periodistas y literatos más. Allí concurría también don Ricardo de la Torriente, famoso dibujante fundador del semanario satírico «La Política Cómica» y creador del tipo popular de «Liborio», ese viejo de larga patilla y sombrero de yarey, encarnación de cómo era el hombre de campo de aquella época, pleno de ideales y de patriotismo, cuando la mala yerba y las prédicas disolventes del comunismo no habían prendido en nuestros campos, para desviar a algunos, muy pocos por suerte, por una ruta equivocada.

Este comercio, conocido por la «Bodega de Alonso», estaba situado en una vieja casa de poco puntal, emplazada diagonalmente al fondo del solar, teniendo en la planta alta dos insignificantes balconcitos en su fachada por la calle de Neptuno. Frente a este establecimiento,

existía una especie de explanada o plazaleta, que servía de piquera a los coches de alquiler de lujo, que utilizaban los muchachos de la Acera del Louvre para sus paseos, por el Prado y la Calzada de San Lázaro, hasta el café Vista Alegre, donde hacían algunos distintas paradas para ingerir tragos de bebidas alcohólicas.

Otro lugar de parada, aunque no tan favorecido como el anterior, era el café que estaba situado en Prado, en la esquina donde se inicia la calle de Consulado, del que era propietario un español de apellido Rodríguez, que años después compró el restaurant «El Ariete», situado en San Miguel y Consulado, que logró adquirir gran fama por los sabrosos platos de arroz con pollo que allí se servían.

Este café de Prado y Consulado, era el azote de los cocheros, pues más de una vez algunos jóvenes, al final de la tarde, detenían allí el coche y bajaban para tomar en la cantina, invitando previamente al auriga, que quedaba esperándolos. Como era entonces costumbre que el cochero no abandonara el pescante, el dependiente le llevaba ese momento los jóvenes paseantes para burlar al infeliz cochero, escapando por una puerta que existía por la calle de Consulado. Claro está que ninguno de estos pasajeros era, ni formaba parte, del grupo de habituales a la Acera del Louvre.

En aquella misma esquina, levantó en los primeros años de este siglo un gran palacete el eminente tribuno doctor Eliseo Gibergera, que lo ocupó con su mujer doña María Calvo, y de cuya casa nos ocuparemos en un próximo trabajo.

La hora de paseo, según la tarifa que regía entonces, costaba peso y medio, pero generalmente se pagaba a los coches de lujo por toda la tarde un centén, moneda de oro que valía aproximadamente unos seis pesos en plata española.

Volviendo a Prado y Neptuno, diremos que junto al edificio que ocupaba la «Bodega de Alonso» y en la misma casa donde tiene instalada sus oficinas la casa constructora «Sneare and Striet Co.», residieron algunos años los esposos doña Tomasa Alvarez de la Campa y don Manuel Gamba, padre del arquitecto Manuel Gamba.

Contigua a esta casa existe todavía una antigua construcción de dos plantas, donde estuvo instalado «El Anón del Prado», del que era propietario don José Cagigas, el mejor confectionador de refrescos de la época, casa que tenía la fama de fabricar muy buenos y exquisitos helados y donde diariamente acudían, durante las horas de la tarde y por la noche al finalizar los espectáculos, nuestras familias distinguidas.

En la planta baja de la casa y antes de ser ocupada por este establecimiento, que estuvo situado primitivamente en la calle de Habana entre Obispo y Obrapia, residió con su familia el señor Antonio Barreras, con su esposa doña Rafaela Fernández, padres de Antonio, figura internacional de la Medicina Legal de Cuba y director, durante muchos años, del Necroscopio de La Habana, muerto

hace unos cuatro años. Eran padres también de Alberto, comandante del Ejército Libertador de Cuba, ayudante de campo del general Mario G. Menocal durante la Guerra de Independencia, gobernador de La Habana durante varios periodos, senador por La Habana, presidente del Senado de la República, y persona de intachable honradez, cuyo nombre hay que citar, siempre entre los primeros cuando se hable de los funcionarios honrados de nuestro período republicano.

Después del edificio donde estaba «El Anón del Prado», existieron y existen todavía, dos casitas de una sola planta, porque sobre ellas subsiste una servidumbre de aire en favor de la casa que es hoy de los herederos del doctor Miguel Franca. En la primera de estas casas, existía una barbería de la que era pro-

pietario el señor Donato Millarés. Eran parroquianos de la misma, entre otros más, don Manuel Sanguily, el general Mario G. Menocal, Jorge Alfredo Belt, Alberto Barreras, Pepe D-Strampes, el glorioso escrimista Ramón Fontes, coronel Julio Sanguily, Arturo Lavín, Genarito de la Vega, coronel Andrés Hernández, «Colín» de Cárdenas y Pepe Ebra. Allí estuvo la barbería durante muchos años, trasladándose, al fallecer su dueño, y adquiriéndola Alberto Varona, para una casa de la calle de Animas, frente al teatro de La Comedia, en cuyo lugar existe aún. En la casa colindante existió unos pocos meses una casa de modas femeninas.

En la casa situada en la esquina de Virtudes, que es de dos plantas y a cuyo favor existe una servidumbre de aire, residió durante largos años el doctor Miguel Franca, notable médico cubano, casado con doña Cecilia Alvarez de la Campa, y padres de Alonso, casado con doña Mireille García; Porfirio, casado con doña «Pepa» Echarte; Miguel, muerto trágicamente en estado de soltería, y Cecilia, a quien familiarmente decían «Chichi», casada con el doctor León Broch, abogado prestigioso de esta capital, y muerta muy joven de fiebre tifoidea.

Atravesando la calle de Virtudes, existía una casa de dos plantas, residiendo en el piso bajo el doctor Joaquín G. Lebrero y Liadó, casado con doña Belén Arango, y padres de Eduardo, Mario, Alfredo y René, de los cuales Mario, director del Hospital Las Animas y casado con doña Dolores García, falleció sin sucesión hace algunos años; Alfredo, casado con doña Rosa Cicero; René, casado con doña Rosalía del Portillo, y Eduardo, casado con doña María Sánchez, quienes fueron padres de Eduardo, ex secretario de Agricultura, casado con doña Alicia Valladares; Joaquín, médico, casado con doña Elena de Arcos; Jorge, abogado, casado con doña María Luisa Somellán; Ernestina, casada con el doctor Antonio Coya, magistrado de la Audiencia de Matanzas, y Margarita, casada con don Jesús Pérez Bustamante. Esta casa fué después demolida, levantándose allí el edificio que ocupó el hotel «El Jerezano».

*DM, Feb 27/47*